

RESEÑAS



Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca

POR NATALIA TRUJILLO PAVIA

JEAN ALLOUCH, *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, México, Edelp S.A., 1998,

Apuntando a la ubicación del duelo como *experiencia erótica* y contextualizándolo en la actual actitud ante la muerte en la cultura occidental, Jean Allouch presenta a través de este libro un seguimiento detallado de lo articulado por tres autores –los psicoanalistas Sigmund Freud y Jacques Lacan y el escritor Kenzaburo Oé– en torno a la problemática del duelo. La ubicación histórica, por su parte, está esencialmente dada por el estudio de Philippe Ariès sobre las diferentes posiciones del hombre ante la muerte en Occidente¹.

El seguimiento está abordado como un *cuestionamiento* sistemático del duelo, que tiende a restituirlo en su relación con la clínica analítica y con la historia, toda vez que para el autor, “el problema del duelo, tal como se presenta para nuestros contemporáneos, parece en adelante íntegramente contenido en una alternativa entre exclusión de la muerte y prescripción superyoica del trabajo del duelo”².

Con *el tiempo de la muerte seca*, Allouch nombra una posición del hombre ante la muerte, la de nuestros días, a la que Ariès por su parte llama *muerte invertida* o *muerte excluida*, referencia histórica que nos invita a no olvidar que a través de los tiempos ha habido variaciones en la manera de concebir la muerte y situarse ante ella, lo que indudablemente se traduce en diferencias en el duelo y sus vías.

El libro está estructurado desde dos estilos que se intercalan: la *literatura gris* y los *estudios*. Su título es sugestivo; el contenido, riguroso. Por momentos puede aparecer como excedido de referencias o reiteratividad, pero al adentrarse detenidamente en él, nada de lo abordado resulta innecesario o suntuario para la consolidación y argumentación de la posición que adelanta.

Acompaña este recorrido teórico su experiencia ante la muerte de una hija, pérdida que da el compás, que señala rutas y antes que nada, es resto que moviliza la escritura: la pérdida se hace escrito.

Como constitutiva de la lógica de la *muerte seca* está la función de lo social, lo colectivo, portadores de un ideal de ocultación de la muerte que resulta solidario de la exaltación de la privacidad como valor preponderante. En contraposición con los *modelos* que la precedieron, en donde lo social contribuía a dar consistencia al acontecimiento a partir de su inter-

¹ PHILIPPE ARIÈS, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1983.

² JEAN ALLOUCH, *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, México, Edelp S.A., 1998, pág. 158.

vención en la vía de la contención y el acompañamiento, en la actualidad la muerte es empujada al dominio de lo personal –acto privado– y de lo silencioso –silenciada–, lo que termina por dejarla desbocada, flotante.

Del abordaje freudiano en *Duelo y Melancolía*, Allouch señala la inconsecuencia de éste respecto a su propio método, fundamentalmente al observar que estaría articulado sobre la idea de que el objeto –perdido– es sustituible y de que la pérdida implicada sería un asunto exclusivamnete de dos: el doliente y su muerto. Dos también, eminentemente disociados, la clínica y el duelo.

Desde esta perspectiva, el fin del duelo estaría determinado por la posibilidad de trasladar la carga libidinal del objeto perdido a otro, posibilidad asociada a una supuesta viabilidad de reencuentro con el objeto, en donde la experiencia del duelo situaría un punto de partida igual al punto de llegada en lo que a la dimensión del sujeto se refiere; no implicaría ni consecuencias ni marcas en la subjetividad de quien se enfrenta con la muerte de un ser querido.

Con base en ello, Allouch ubica históricamente esta versión del duelo en el punto de viraje de una posición *romántica* ante la muerte³ a una posición de *muerte seca*⁴, punto en que la versión freudiana quedaría inmersa y cuyo fiel reflejo sería. A grandes rasgos, y tal como Ariès lo formula y Allouch lo retoma, en este viraje la muerte va dejando de ser *bella*, negación de la separación, para convertirse en *fea, sucia* y marcada por una tendencia a la supresión.

Introduce de esta manera la necesidad de reconsiderar la pérdida y lo perdido en el duelo, así como las coordenadas de lo que sería su realización, en relación con el verdadero estatuto del objeto y de los vínculos del duelo con la transmisión, pasando por la función del público y por lo que de persecutorio está en él implicado.

³ Posición propia del siglo XIX hasta mediados del XX, estructurada a partir de lo insoportable de la muerte del otro.

⁴ Posición que se impuso desde la segunda mitad del siglo XX.

Apoyándose en la interpretación lacaniana de Hamlet en el seminario *El deseo y su interpretación*, pone sobre la mesa las bases para la consideración del duelo en su relación con la clínica, llegando a afirmar que “la clínica es el duelo”⁵. Muestra como, aunque no se trata en Lacan de una elaboración propiamente dicha sobre el duelo sino sobre los avatares del deseo, su constitución y las posiciones del sujeto ante éste (a través del síntoma –procrastinación– como eje), viene al caso por cuanto en tal contexto queda planteado el duelo como poseyendo una función y en explícita relación con la clínica.

A partir de ahí la pérdida queda precisada como *pérdida a secas*, esto es, como siendo sin compensación ni medida posibles, y lo perdido como sólo pudiendo ser concebido según la lógica del objeto del fantasma, del objeto en el deseo; por ello, resultaría impensable la problemática del objeto en el duelo sin considerarlo en relación con el sujeto y con lo que, de imposibilidad, participa necesariamente del objeto.

Allouch expone con claridad la imposibilidad que acompaña al objeto a partir de tres situaciones: el objeto como sólo constituyéndose en y desde la imposibilidad, el objeto en su carácter de absoluto y el objeto como “agujero en el real”⁶. Queda así indicado que no es sólo asunto de un algo sino igualmente de lugar y posición.

Habiendo puntuado que “el duelo en Lacan revelará que tiene un alcance [...] de instaurador de una posición subjetiva hasta entonces no efectuada [...] en donde se trata de un trastorno en la relación de objeto, de la producción de una nueva figura de la relación de objeto”⁷, la función del duelo radicaría en posibilitar el sacrificio del falo, privación del falo, lo que incidiría en la ubicación del sujeto en consecuencia con la vía de su deseo, reubicación del sujeto –como deseante– en relación con el objeto.

El falo, significativo de la falta que señala un lugar, es llamado al lugar del abismo dejado por la pérdida, una vez enfrentado el

⁵ *Ibid.*, pág. 373.

⁶ *Ibid.*, pág. 297.

⁷ *Ibid.*, pág. 211

sujeto a que el sistema significante en su conjunto no ofrece nada que colme el agujero zanjado, como no ofrece nada que pueda dar justa cuenta –inequívoca prueba– de lo que ha sido perdido; así convocado el falo, introduce la posibilidad de un sacrificio, delimita la dimensión y el alcance de éste en tanto acto de desprendimiento y de renuncia irrevocable.

Lo que del lado de la versión freudiana se propone para el duelo como el relevo de un objeto por otro –ganancia de un *buen trabajo*–, de este lado va claramente quedando como la restitución de una pérdida por otra –a *pura pérdida*–, pérdida que se suplementa con pérdida.

Interesado por la cuestión del duelo y en el sendero de su incursión, Allouch tiene con la obra de Kenzaburo Oé –literato japonés–, un *encuentro* que expone de la siguiente manera: “Después de haber leído unas decenas de páginas de esa *nouvelle*⁸ tuve unas ganas casi irreprimibles de tirar el libro por la ventana, a tal punto un determinado horror de lo más cotidiano era puesto (¿cómo escribir “ofrecido”?) a mi alcance”⁹. Sin embargo, “por la manera en que Oé me fue presentado y se apoderó de mi mente, debe haber algo así como una crisis Oé, de la cual no se puede salir más que internándose en ella hasta el fondo,... con fondos... perdidos”¹⁰.

Es así que una vez franqueado el impulso inicial –fanqueamiento que de entrada aparece como inevitable–, efecto del *encuentro*, podría decirse que su lectura le permitió aterrizar, planear con mayor consistencia y avanzar la articulación de su propuesta para concebir, abordar y situar el duelo con justeza, con base en los elementos que su indagación y pérdida habían ido poniendo a circular.

Condensada dicha propuesta, quedaría formulada así: *el duelo, experiencia erótica, precisa para su resolución del gracioso*¹¹

⁸ Se refiere a *Una cuestión personal* de KENZABURO OÉ.

⁹ JEAN ALLOUCH, *op.cit.*, pág. 353.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 354.

¹¹ Gracioso, calificativo que Allouch retoma de Oé, cuyos sinónimos son: chistoso, agudo, divertido, ocurrente, salado – Bonito, trayente – Gratuito. *Diccionario de Sinónimos*, Barcelona, Seix Barral, 1932.

sacrificio de un pequeño trozo de sí, en donde una precisión histórica de la relación ante la muerte en que se inscribe, es aportada por la afirmación según la cual “el paradigma del duelo [moderno] es el duelo del hijo”¹². La cuestión de la muerte del hijo constituye una referencia capital dentro de la reflexión de Allouch sobre el duelo.

Deteniéndose en *Ajó: el monstruo de las nubes*¹³ –historia que se desarrolla en torno a un hijo muerto llamado Ajó, el padre que le sobrevive y un *acompañante*– desde la perspectiva del trajecto que dicha situación marca a los personajes y que éstos terminan por realizar, el despliegue del duelo al que se es convocado por la muerte de un próximo, circunscribe aún más el sujeto, lo perdido y la pérdida.

Del lado del sujeto, la pérdida de un ser querido, encuentro con la muerte, le plantea un forcejeo con ésta y en su territorio. En relación con ello, el despliegue de la persecución como *pivote* del duelo, precisada ésta como aquello que “regula la relación del sujeto con la muerte”¹⁴.

Del lado de lo perdido, como no agotándose en el ser del muerto sino concebido como algo a delimitar por el doliente, una de cuyas coordenadas la constituye el poner en su lugar no sólo lo que fue (lo realizado de esa vida), sino, y de manera crucial, lo que habría podido ser (lo no realizado que quedó como promesa de esa vida, que en términos de secuencia, Allouch ubica como primero).

Del lado de la pérdida, desde que la vía de entrada está dada por el *agujero en lo real* que cava y la vía de salida lo estaría por un *gracioso sacrificio*, queda indicado el acto del duelo en su carácter de necesariamente público.

Con respecto al recorrido y a la transformación que tiene lugar en el relato a propósito del duelo, Allouch señala que en el texto de Oé se pone de presente que en quien está de duelo surge una división en el sentido de una simultaneidad en el saberse

¹² JEAN ALLOUCH, *op. cit.*, pág. 376.

¹³ En KENZABURO OÉ, *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*, Barcelona, Anagrama, 1995.

¹⁴ JEAN ALLOUCH, *op. cit.*, pág. 213.

y no saberse de tal; la transformación por su parte, va operando no en el padre de *Ajó* sino en su *acompañante*, siendo sólo a partir de ahí aprehendido –el duelo– por éste; recuerda a su vez “cómo un síntoma tiene su razón de ser no tanto en el sujeto como en el otro”¹⁵.

Queda claramente justificada la crítica de Allouch a la tesis freudiana de una supuesta *prueba de realidad* que contribuiría a definir y situar al muerto como tal, cuando realmente “el duelo abre la puerta a una pregunta que de entrada no es de realidad sino de verdad”¹⁶: ¿Qué decir del lugar para el muerto? ¿Qué lo sancionaría de tal? ¿Cómo ponerlo en su lugar?

La muerte, en términos de *prueba de realidad*, no tiene otro alcance que el de dejarlo como *desaparecido*, de manera que “quien está de duelo es habitado por el ser que ha perdido”¹⁷. El muerto, errante, está en todas partes y en ninguna; su indeterminación es manifiesta e ilimitadas sus posibilidades –en tiempo y espacio– de aparición. En esa medida, por muy sentida que sea la pérdida, está más del lado de lo sufrido que de lo efectivamente realizado, al no haber entrado aún en la cuenta.

Lo que la muerte arranca, lo que con ella parte, no está del lado ni del vivo ni del muerto; es un asunto entre ambos que

Allouch denomina *un pequeño trozo de sí (1 + a)*, insistiendo en que no es cuestión de individuo y enfatizando en aquello que en su carácter de tercero tiene ahí de constitutivo. Es esto lo que fijado, se ofrece en sacrificio, a cambio de nada, pero como requisito indispensable para que quien ha sido perdido sea efectivamente pérdida y adquiera estatuto de *inexistente* –situación que obedece a la misma lógica de la inexistencia del Otro–: “hay duelo efectuado cuando quien está de duelo, lejos de recibir no se sabe qué del muerto, lejos de extraer lo que sea del muerto, suplementa su pérdida sufrida con otra pérdida, la de uno de sus tesoros”¹⁸.

Tal como puede observarse al transitar por el texto de Allouch, el duelo, experiencia en la que convergen el amor, el deseo y la muerte, resultaría ser la situación por excelencia de la pérdida, lo perdido y lo que el objeto es al sujeto en la vía de su deseo.

Durante la elaboración de esta reseña tropecé constantemente con el malestar de dejar entre el tintero elementos de articulación determinantes en la exposición de Allouch; por eso me parece importante restituirle el verdadero alcance: “Que pueda este libro restablecer lo macabro en su función de suscitación del deseo en el viviente”¹⁹.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 369.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 77.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 341.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 14.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 15. ALLOUCH puntúa acá lo macabro como aquello que “aisla, como el análisis, el objeto pequeño a”.